

# LA INSEPARABILIDAD ENTRE CONTRATO Y SACRAMENTO EN EL MATRIMONIO

JAVIER HERVADA

Un canonista del siglo pasado, tras exponer la tesis favorable a la separabilidad entre contrato y sacramento, añadía: “Contro tale opinione si sostenne a buon diritto e venne ufficialmente dichiarato, che gli sposi stessi sono i *ministri* del sacramento, il loro reciproco concedersi costituisce la *materia*, cossichè è a respingersi la distinzione fra *contractus naturalis* e *sacramentalis*”. Quien escribía estas palabras (para el cual *a buon diritto* —esto es, con toda razón supuesta la doctrina católica sobre la sacramentalidad del matrimonio— y de acuerdo con el magisterio oficial de la Iglesia, hay que rechazar la tesis de la separabilidad entre contrato natural y sacramento) no era un católico sino un protestante, Emilio Friedberg, uno de los canonistas —tratadista también del Derecho canónico de la Iglesia Católica— más famosos de su tiempo<sup>1</sup>.

Ni siquiera un protestante como Friedberg —que personalmente no creía en la sacramentalidad del matrimonio— tenía ya en su tiempo la menor duda de que la tesis de la inseparabilidad entre contrato y sacramento era la verdadera doctrina de la Iglesia Católica, a tenor de lo que se deduce de las declaraciones dogmáticas acerca de la sacramentalidad del matrimonio y de la enseñanza oficial de la Iglesia en el tema de la inseparabilidad.

Es de advertir que la inseparabilidad entre contrato y sacramento es una *conclusión inmediata* de las declaraciones dogmá-

---

1. *Tractato del diritto ecclesiastico cattolico ed evangelico*, ed. italiana (Torino 1893), p. 553.

ticas sobre la sacramentalidad del matrimonio; por ello la Sagrada Rota Romana afirmó que la tesis de la inseparabilidad es *proxima fidei*<sup>2</sup>. Por ello también los Papas, al condenar la tesis de la separabilidad, han enseñado —como veremos— que dicha tesis es una *falsedad que se funda en un error dogmático*.

La inseparabilidad entre el *institutum naturale* —el contrato en la terminología más común— y el sacramento, lejos de ser doctrina reciente, es una verdad firmemente asentada en la tradición y en la enseñanza constante de la Iglesia. Ciertamente es que, a lo largo de la historia, no han faltado autores que han propugnado la separabilidad entre contrato y sacramento. Sin embargo, nunca han prevalecido tales tesis. Por el contrario, implícita o explícitamente han sido siempre rechazadas. Valen aquí las palabras de Esmein al respecto: “C’était la tradition ancienne et la doctrine constante des anciens canonistes, qu’il était impossible dans le mariage des chrétiens, de séparer le contrat du sacrement, que le contrat lui-même avait été élevé par la nouvelle loi à la dignité du sacrement, et absorbé par le sacrement, si bien qu’on ne pouvait plus concevoir l’un sans l’autre”<sup>3</sup>. Al respecto conviene distinguir entre las referencias explícitas y nominales sobre la inseparabilidad —o la separabilidad— y las referencias implícitas a ellas, es decir, la formulación del dogma

---

2. En la causa *Colonien*. de 27-VIII-1910, AAS, II (1910), pág. 933: “Nec refert, inter utrumque (Hospelt-Bernhardt) de matrimonio ecclesiastico ineundo sermonem numquam fuisse institutum nisi post contractum civilem initum, quem matrimonium verum Hospelt non retinuit. Etenim hic non attenditur quid ipsi agere debuissent vel potuissent, nec quale iudicium de actu civili postea tulerint, sed quid de facto egerint. Constat autem, contractum matrimonialem inivisse, quem subsequens iudicium erroneum nullimode mutavit. Quare matrimonium, de quo agitur, sacramentum etiam extitit. Inter christicolos enim contractus a sacramento separari non potest, quod indubitati iuris est, et fidei proximum (Pius IX, *Syll.* 66, 67, 73); ideo indubitati iuris est et fidei proximum, contractum sine sacramento, et sacramento sine contractu constare non posse. Et cum in nostro themate contractus extiterit, sacramentum etiam extitit, quamvis de hoc coniuges ne quidem cogitaverint”.

Es de advertir que se trataba de un matrimonio *civil*, pero celebrado en lugar no tridentino (cfr. pág. 919) y por lo tanto válido ante la Iglesia. Tal validez no se entendió afectada, como ocurre igualmente en el CIC, por la *opinio nullitatis*, no habiendo existido ni simulación total, ni simulación parcial, ni carencia de consentimiento: “Neque dicatur, eam Autorii fuisse persuasionem, verum matrimonium, nisi coram ministro cultus, valide, contractum iri, ut inde deducatur, illum nonnisi ceremoniam civilem peregrisse. Etenim falsa nostra opinio non mutat naturam rei: et cum matrimonium civile in themate omnia praesetulerint elementa, quaecumque ea fuerit, huius naturam non mutavit, sed contractus vere matrimonialis permansit”.

3. *Le mariage en droit canonique*, 2 vols. (Paris 1891), II, pág. 160.

de la sacramentalidad de tal forma que contrato y sacramento se entienden como inseparables.

La condena *explicita* de la separabilidad es relativamente reciente; la tesis de la inseparabilidad es la doctrina constante de la Iglesia, implícitamente contenida en la Tradición eclesiástica desde los primeros siglos, en las formulaciones del Magisterio solemne y ordinario (dogmáticas algunas de ellas) y en la doctrina de los autores común y abrumadoramente mayoritaria.

¿Cuál es el punto clave de la cuestión? Es bien conocido. Todo estriba en que el sacramento del matrimonio no es algo añadido (y por tanto separable) a la institución matrimonial; el sacramento es el *mismo matrimonio* celebrado entre bautizados: *ipse contractus, ipsa institutio matrimonialis, ipsum coniugium*. Es decir, es el mismo matrimonio el que, habiendo sido constituido signo de la unión de Cristo con la Iglesia, ha recibido por institución de Cristo una dimensión sobrenatural de gracia. Esta elevación sobrenatural no es algo que adviene a cada matrimonio en virtud de circunstancias o hechos que incidan en los matrimonios singulares (celebración ante el sacerdote, bendición, ritos litúrgicos, etc.), sino que afecta a la institución misma, esto es, a su institución por Dios; la acción elevadora y santificadora de Cristo incide en la misma raíz, en el origen, en la institución. De ahí que los autores —desde Pedro Lombardo y Santo Tomás de Aquino hasta los contemporáneos— hablen de las dos o tres instituciones del matrimonio, significando con ello, no modificaciones esenciales sino los estadios por los que la institución matrimonial ha pasado, a causa de la incidencia de la economía de la salvación en ella. Dos cosas, pues, supone la expresión *ipse contractus matrimonialis est vere et proprie unum ex septem Legis evangelicae Sacramentis*: a) Que la acción santificadora —elevante— de Cristo afecta a la institución misma (al proceso institucional, mediante la elevación del matrimonio al rango de sacramento), en cuya virtud la institución matrimonial, permaneciendo idéntica en su esencia (la gracia perfecciona la naturaleza, no la destruye), pasa a un estado nuevo. b) Que todo matrimonio válido entre bautizado es *eo ipso* sacramento y produce —si los contrayentes no ponen óbice— la gracia *ex opere operato*.

¿Por qué se habla de *inseparabilidad*? El término tiene el inconveniente de evocar la idea de dos cosas unidas indisolublemente y en tal sentido podría resultar menos propio —si no se comprende bien—, puesto que, lejos de querer indicar que ma-

rimonio y sacramento son *dos* realidades unidas, lo que quiere expresar es que, entre bautizados, matrimonio y sacramento son una única y la misma realidad, la misma cosa. Ocurre, sin embargo, que el término *identidad real*, que expresaría más exactamente que se trata de una única realidad, tiene el inconveniente de no traslucir la distinción entre naturaleza y gracia. Por eso se prefiere el término inseparabilidad. Pero hay que entender bien en qué sentido tal término se aplica al matrimonio: lo *inseparable* no serían el contrato y el sacramento si con ello se entendiesen dos realidades unidas; por el contrario ambos son dimensiones —una natural y otra sobrenatural— de la misma realidad. Lo inseparable es, en el matrimonio de los bautizados, la naturaleza y la gracia, que sí son distintas. Ambas dimensiones distintas —naturaleza y gracia— se unen *inseparablemente* en el *sacramentum coniugii*, de modo que éste es *ipse contractus* santificado por Cristo: a la dimensión natural se une inseparablemente la dimensión sobrenatural. Y porque en el matrimonio de los bautizados, la gracia y la naturaleza son inseparables e inciden en una única realidad —el matrimonio—, no es posible afirmar que contrato y sacramento sean dos cosas distintas y separables<sup>4</sup>.

Veamos algunos de los textos pontificios que condenan explícitamente la separabilidad. En la alocución *Acerbissimum vobiscum* de 27.IX.1852 de Pío IX leemos: “Nihil dicimus de alio illo decreto, quo matrimonii sacramenti mysterio, dignitate, sanctitate omnino despecta eiusque institutione et natura prorsus ignorata et eversa, atque Ecclesia in sacramentum idem potestate penitus sprete, proponebatur iuxta iam damnatos haereticorum errores atque adversus catholicae Ecclesiae doctrinam, ut matrimonium tamquam civilis tantum contractus haberetur et in variis casibus divortium proprie dictum sanciretur omnesque matrimoniales causae ad laica deferrentur tribunalia et ab illis iudicarentur; cum nemo ex catholicis ignoret aut ignorare possit, matrimonium esse vere et proprie unum ex septem evangelicae Legis sacramentis a Christo Domino institutum, ac propterea inter fideles matrimonium dari non posse, quin uno eodemque tempore sit sacramentum, atque idcirco quamlibet aliam inter Christianos viri et mulieris praeter sacramentum coniunctionem, cuiuscumque etiam civilis legis vi factam, nihil aliud esse nisi tur-

4. Sobre este punto puede verse J. HERVADA - P. LOMBARDÍA, *El Derecho del Pueblo de Dios*, III/1 (Pamplona 1973), pp. 137ss.

pem ac exitialem concubinatum ab Ecclesia tantopere damnatum, ac proinde a coniugali foedere sacramentum separari numquam posse et omnino spectare ad Ecclesiae potestatem ea omnia discernere, quae ad idem matrimonium quovis modo possunt pertinere”<sup>5</sup>.

En el *Syllabus* de 8.XII.1864 condenó las siguientes proposiciones: “66. Matrimonii sacramentum non est nisi quid contractui accessorium ab eoque separabile, ipsum sacramentum in una tantum nuptiale benedictione situm est... 73. Vi contractus mere civilis potest inter christianos constare veri nominis matrimonium, falsumque est, aut contractum matrimonii inter christianos semper esse sacramentum, aut nullum esse contractum, si sacramentum excludatur”<sup>6</sup>.

Y en su carta al Rey de Cerdeña de 9.IX.1852 el mismo Pontífice había escrito: “... E domma di fede essere stato elevato il matrimonio da N.S.G.C. alla dignità di Sacramento, ed è dottrina della Chiesa cattolica che il Sacramento non è una qualità accidentale aggiunta al contratto, ma è di essenza al matrimonio stesso, cosicchè l'unione coniugale tra i cristiani non è legittima, se non nel matrimonio Sacramento, fuori del quale non vi è che un pretto concubinato”<sup>7</sup>.

Si Pío IX calificó la doctrina de la separabilidad entre contrato y sacramento como *contraria a la doctrina católica* (los *errores heréticos* parecen referirse a considerar el matrimonio como mero contrato civil) y de *falso error* (calificación genérica de las proposiciones enumeradas en el *Syllabus*); León XIII la califica de *falsedad que se basa en un error dogmático varias veces condenado por la Iglesia*: “Voi ben sapete, o Venerabili Fratelli, come per coonestare le intrusioni del potere civile nella legislazione cristiana del matrimonio, pongasi in campo, qual portato del moderno progresso, il concetto della dissociazione nel contratto dal Sacramento ... Ma checchè dicano giuristi acattolici o ligii a l'autocrazia dello Stato, egli è certo che la coscienza di quanti sono sinceramente cattolici non può accogliere questa dottrina come base d'una legislazione cristiana sul matrimonio, per la ragione che fondasi sopra un errore dommatico più volte condannato dalla Chiesa, quale è quello di ridurre il Sacramento

5. *Denz.*, 1640.

6. *Denz.*, 1776 y 1773 (2966 y 2973).

7. *Acta SS.D.N. Pii PP. IX ex quibus excerptus est Syllabus* (Romae 1865), pág. 105.

ad una estrinseca cerimonia e alla condizione di un semplice rito; dottrina che sovverte l'essenziale concetto del matrimonio cristiano, nel quale il vincolo connubiale santificato dalla religione, s'identifica col Sacramento e costituisce inseparabilmente con esso un solo soggetto ed una sola realtà. Perlochè dissacrare il connubio in mezzo ad una società christiana val quanto degradarlo, fare onta alla fede religiosa dei sudditi, ed ordire un funesto inganno alle loro coscienze, essendochè la sola legalità dell'atto civile senza il Sacramento non valga, ne possa valere, ad onestare le loro unione e felicitare le loro famiglie"<sup>8</sup>.

Enseñanza esta, que repitió en la enc. *Arcanum*: "Etenim non potest huiusmodi distinctio, seu verius distractio, probari; cum exploratum sit in matrimonio Christiano contractum a Sacramento non esse dissociabilem; atque ideo non posse contractum verum et legitimum consistere, quin sit eo ipso Sacramentum. Nam Christus Dominus dignitate Sacramenti auxit matrimonium; matrimonium autem est ipse contractus, si modo sit facto iure. Hunc accedit, quod ob hanc causam matrimonium est Sacramentum, quia est sacrum signum et efficiens gratiam. et imaginem referens mysticarum nuptiarum Christi cum Ecclesia. Istarum autem forma ac figura illo ipso exprimitur summae coniunctionis vinculo, quo vir et mulier inter se conligantur, quodque aliud nihil est, nisi ipsum matrimonium. Itaque apparet, omne inter christianos iustum coniugium *in se et per se* esse Sacramentum nihilque magis abhorrere a veritate, quam esse Sacramentum decus quoddam adiunctum, aut proprietatem allapsam extrinsecus, quae a contractu disiungi ac disparari hominum arbitrato queat"<sup>9</sup>.

Por último, citemos la enc. *Casti Connubii* de Pio XI de 30. XII.1930: "Quoniam Christus ipsum coniugalem inter fideles validum consensum signum gratiae constituit, ratio Sacramenti cum Christiano coniugio tam intime coniungitur, ut nullum inter baptizatos verum matrimonium esse possit, *quin sit eo ipso Sacramentum*"<sup>10</sup>.

La tesis de la inseparabilidad entre institución natural —o contrato— y sacramento es, como decíamos, un *corolario* o consecuencia de la doctrina de la sacramentalidad del matrimonio.

8. *SS.D.N. Leonis Papae XIII allocutiones, epistolae, constitutiones aliaeque acta praecipua*, vol. I (Brugis 1887), pp. 82ss.

9. AAS, XII (1879-1880), pp. 888ss.

10. AAS, XXII (1930), pp. 539ss.

Esto explica por qué cuando los Papas rechazan la separabilidad enseñan que deriva de un error dogmático (se interpreta mal el dogma) o la desmienten reafirmando la recta doctrina sobre la sacramentalidad. De ahí también la distinción entre *dogma* (la tesis de la sacramentalidad) y *doctrina católica* (su consecuencia, o sea la tesis de la inseparabilidad).

El hecho de que la calificación teológica de uno u otro error (negación de la sacramentalidad, negación de la inseparabilidad) sea distinta, no ha de llamar a engaño. Grave es sostener una opinión contraria a las “verdades católicas”, pero más grave lo es todavía en un caso, como es el que estamos analizando, en el que el error se basa —según hemos visto en la enseñanza pontificia— en una falsa interpretación del dogma, esto es, en un error dogmático.

La tesis de la separabilidad entre contrato y sacramento emerge con una serie de autores sobre el fondo de una doctrina común en la que la inseparabilidad es tesis implícita, aunque no se enuncie expresamente. Se ha cumplido una vez más esa vieja ley de que la afirmación, declaración y explicitación de la verdad católica se ha producido muchas veces al oponerse a errores.

El punto fundamental es el dogma de la sacramentalidad del matrimonio. También en este punto observamos una evolución homogénea del dogma (cfr. const. *Dei Verbum*, n. 8), que parte de la Revelación divina (cfr. Eph. 5,22-33). La primitiva Iglesia tiene conciencia clara de que el matrimonio, por virtud del decreto salvífico de Dios, no es una institución meramente profana, sino institución santificada por Cristo y signo de la unión de Cristo con la Iglesia. Cuando el Concilio de Trento definió dogmáticamente que el matrimonio es uno de los siete sacramentos de la Nueva Ley no hizo más que declarar con suprema potestad magisterial lo que de un modo implícito primero y explícito después, estaba en la fe de la Iglesia desde el primer momento. Lo mismo que ha ocurrido con otros dogmas, como la Maternidad divina de la Virgen, el dogma de las dos naturalezas y una sola Persona en Cristo, la Inmaculada Concepción, la infalibilidad del Papa o el dogma de la Asunción de la Virgen.

Para llegar a la definición tridentina sobre el matrimonio la Iglesia tuvo que pasar por un proceso de explicitación y profundización doctrinal sobre la naturaleza de los sacramentos, por el distanciamiento doctrinal respecto de las Iglesias Orientales separadas (para las cuales el sacramento del matrimonio es la ben-

dición nupcial del sacerdote) y por la negación protestante del principio de la sacramentalidad del matrimonio. Maduración doctrinal interna y oposición al error protestante desembocan en la declaración dogmática tridentina.

Pero adviértase que, frente a la posición de la Iglesia Oriental separada, la Iglesia Católica —en la doctrina y en la praxis— siguió la tesis que constituye el meollo de la cuestión: lo que llamamos sacramento del matrimonio no es un añadido al matrimonio; no se trata de que exista un sacramento que llamamos del matrimonio porque vaya unido a la celebración del matrimonio y esté instituido en relación con éste. Es el mismo matrimonio —*ipsum matrimonium*— el que es sacramento, signo de cosa sagrada. Esta es la tesis católica, la que encontramos en la Iglesia primitiva y a la que en una línea de rigurosa fidelidad (en cada momento de acuerdo con el grado de profundización y explicitación que de tal tesis se va alcanzando) se ha adherido siempre la Iglesia Católica. Este es el núcleo central de la cuestión, la verdad nuclear —la línea de homogeneidad: *in eodem sensu, in eadem sententia*— que ha permanecido en medio de la evolución *homogénea* de la teología sobre el sacramento del matrimonio. Cierto es que, desde el sentido que los primeros escritores eclesiásticos atribuyen a la expresión *sacramentum* en general hasta el pleno desarrollo de la noción de sacramento, ya perfectamente delimitada en Santo Tomás, hay un recorrido de siglos; lo mismo ocurre con el matrimonio. Pero siempre la doctrina católica permanente ha sido que el *sacramentum coniugii* es *ipsum matrimonium*<sup>11</sup>.

La tesis de la separabilidad emergerá —como tesis *nueva*— sobre la tesis de la inseparabilidad— tesis tradicional y permanente—, de tres formas distintas.

1.<sup>a</sup>) En un primer momento, serán una serie de matrimonios en los que en opinión de algunos teólogos no se daban los requisitos para que exista sacramento —las palabras o *verba*— lo que llevará a estos teólogos a seguir la tesis de separabilidad. Fueron los matrimonios de los mudos, los contraídos por procurador,

11. La evolución histórica puede verse, en L. GODEFROY - G. LE BRAS - M. JUGIE, voz *Mariage*, en "Dictionnaire de Théologie Catholique", X, 2044ss.; P. COLLI, *La pericope paolina ad Ephesios V, 32* (Parma 1951); E. SALDON, *El matrimonio misterio y signo. Del siglo I a San Agustín* (Pamplona 1971); T. RINCÓN, *El matrimonio misterio y signo. Siglos IX al XIII* (Pamplona 1971); E. TEJERO, *El matrimonio misterio y signo. Siglos XIV al XVI* (Pamplona 1971).



los matrimonios presuntos y los realizados por escrito, los que plantearon problema a dichos teólogos, pues no podían negar que eran matrimonios válidos y no veían cómo podían ser sacramento, no habiendo mediado palabras externamente pronunciadas.

Pero fácilmente se observa que la dificultad es ficticia y proviene, no de la doctrina común, sino del propio teólogo que no ha penetrado en el meollo de esa doctrina común. El principal autor de esta dirección fue Duns Escoto. Este autor, interpreta la doctrina común de tal modo que, sin separar totalmente el sacramento y el matrimonio, entiende que la sacramentalidad es un *añadido* a la ceremonia externa de emitir el consentimiento: “Aliud est matrimonium, et aliud contractus matrimonii, et aliud sacramentum matrimonii... Matrimonium est vinculum indissolubile inter marem et foeminam... Contractus matrimonii est maris et foeminae mutua translatio potestatis corporis suorum... Sacramentum matrimonii est expressio certorum verborum maris et foeminae ad se invicem significantium traditionem mutuae potestatis corporum ad prolem debite procreandam, ex institutione divina efficaciter significans gratiam conferendam mutuo contrahentibus ad coniunctionem mutuam animorum gratiosam”<sup>12</sup>.

Como puede verse, Escoto no afirma que el sacramento sea *ipse contractus* sino que el sacramento es sólo la exterior emisión del consentimiento por palabras. Así entendido, o el matrimonio de los mudos, por procurador, etc., no era matrimonio (y tal cosa no podía afirmarse dadas las prescripciones del Derecho emanado de la Santa Sede y la unánime doctrina de los autores así como la praxis de la Iglesia), o no era sacramento; esta última fue la solución adoptada por el autor y sus seguidores.

Mas es importante repetir que el problema era ficticio. El problema se lo crea Escoto al separarse de la doctrina que era —y sigue siendo— común: el sacramento no es la exterior emisión del consentimiento (que en la mente de Escoto sería, a la vez, la forma exterior del consentimiento y el sacramento), sino *ipse contractus*, *ipsum matrimonium*, y, por consiguiente, que el matrimonio se contraiga (que el contrato se realice) por palabras, por procurador, por escrito, etc., es algo de suyo para el tema sustancial que nos ocupa) indiferente respecto de la sacramentalidad. Escoto fue víctima de una interpretación excesivamente

12. In IV Sentent., dist. 26, q. un. (*Opus Oxoniense*).

literal de la doctrina agustiniana sobre la composición de los sacramentos.

2.<sup>a</sup>) Una segunda sentencia es la sostenida por Billuart, los Salmanticenses y otros. Ahora la cuestión es distinta: ¿cómo considerar sacramentos aquellos matrimonios en los que los contrayentes, aunque bautizados, celebran un matrimonio jurídicamente válido, pero sin intención de que sea sacramento y aun con intención contraria a la sacramentalidad? Estos autores entenderán que el sacramento del matrimonio es el contrato, pero niegan que el contrato matrimonial entre bautizados sea esencial y necesariamente sacramento. Así escriben los Salmanticenses: “Respondeo igitur dicendum rationem matrimonii adhuc inter fideles inseparabilem esse a ratione sacramenti; et ideo, si aliquis intenderet contractum civilem celebrare matrimonii, et ex prava voluntate, simplicitate aut errore, nollit recipere illud ut sacramentum est, tunc validum esset matrimonium in ratione contractus ... non autem in ratione sacramenti”<sup>13</sup>. Billuart da una explicación que es reveladora del pensar de estos autores: así como en el bautismo, la materia es la ablución y existen abluciones propias de la vida corriente sin que todas sean sacramentos, pues sólo lo es aquella a la que se une la *intentio sacramenti*, así también sólo son sacramentos aquellos matrimonios en los que dicha *intentio* existe<sup>14</sup>.

Fácilmente se advierte que, de nuevo, hay aquí una confusión acerca del verdadero sentido de la doctrina común, que ya en otra ocasión he puesto de relieve<sup>15</sup>. Los demás sacramentos necesitan de la *intentio sacramenti* porque el rito no es la acción ordinaria de la vida corriente: el bautismo no es el aseo diario de una persona convertido en sacramento; la Eucaristía no es la comida ordinaria que se hace productora de la gracia *ex opere operato*. Son ritos específicamente religiosos, a los que se ha dado por voluntad de Cristo la forma externa de las acciones ordinarias, sin serlo, propiamente; esto es, son verdadera ablución, verdadera comida, verdadera unción, pero no la ablución, la comida ni la unción (en las civilizaciones en que tal acción se usó o se usa todavía) ordinarias y corrientes; son acciones sacras (ritos) en forma de acciones usadas en la vida ordinaria. Por eso, a la

13. *Cursus Theologiae Moralis*, trac. IX, *De matrimonio* (Lugduni 1879), cap. III, n. 73s.

14. *Summa S. Thomae*, in 3<sup>m</sup> P., tom. VI, dist. I, art. V, sub 5.<sup>o</sup>.

15. J. HERVADA - P. LOMBARDÍA, o. c., pp. 165s.

acción (materia próxima) debe unirse necesariamente la *intentio sacramenti* y un factor especificante (la forma), que manifieste el sentido religioso general y la eficacia específica del rito, factor que en los sacramentos en general son las palabras (*verba*). Pero esto no es necesario ni se da en el matrimonio. El sacramento del matrimonio no es una acción sagrada en forma de la realidad de la vida ordinaria; es esa misma realidad ordinaria la que *ex se* y *a radice* ha sido convertida en sacramento. Volvemos al meollo de la doctrina católica: el matrimonio mismo ha sido elevado a sacramento. Por eso, no hace falta ni la *intentio sacramenti*, ni existen más palabras que las propias de la realidad natural: darse y recibirse como esposos. No hacen falta los *factores especificantes* porque, para los bautizados, el matrimonio mismo y, por tanto, todo matrimonio está ya instituido como sacramento. Esta es la explicación de que la Iglesia siempre haya reconocido como verdadero sacramento a todo matrimonio jurídicamente válido, con o sin *intentio sacramenti*.

3.<sup>a</sup>) La tercera posición es la de Melchor Cano y otros autores como Estio, para los cuales el contrato sería la materia del sacramento y la bendición nupcial sería la forma. Para estos autores la distinción entre contrato y sacramento sería *inadaequata*, ya que matrimonio y bendición formarían un solo sacramento. Eso sí, sin bendición habría matrimonio válido pero no sacramento. Esta posición se extrema con Nuytz y los primeros introductores del matrimonio civil (la llamada secularización del matrimonio)<sup>16</sup>; el sacramento es sólo la bendición nupcial y algo accesorio al matrimonio, institución profana y civil.

Las claras y expresas condenaciones pontificias a esta última tesis nos eximen de hacer cualquier comentario; bien entendido que las demás caen también bajo tales condenas, puesto que éstas, aunque hagan alusión explícita sólo a las tesis separacionistas citadas en último lugar, incluyen a las demás ya que genéricamente —como se ve por el tenor literal de las condenas— se refieren a todas aquellas doctrinas que se opongan a la inseparabilidad. Así lo entendieron teólogos y canonistas que, a partir de las citadas condenas, abandonaron cualquier tesis de las citadas.

16. Véase sobre este punto, M. GERPE, *La potestad del Estado en el matrimonio de cristianos y la noción contrato-sacramento* (Salamanca 1970), Universidad Pontificia de Salamanca.

Con palabras de De Smet podemos resumir la doctrina católica, diciendo: "Contractus matrimonialis inter fideles a sacramento matrimonii realiter non distinguitur, sed ratione tantum; unde a sacramento dissociari nequit, ita ut inter baptizatos non possit haberi contractus legitimus, quin eo ipso sit sacramentum. Identitas realis<sup>17</sup> contractus matrimonialis et sacramenti, inter baptizatos, et inde consequens indissociabilitas contractus a sacramento et sacramenti a contractu, probatur ex elevatione contractus in sacramentum: quatenus scil. Christus Dominus ipsum contractum, qualis existebat, assumpsit, illumque fecit sacramentum"<sup>18</sup>.

Esta es la doctrina tradicional, expuesta de modo implícito o explícito según hemos indicado. Ella es la que está en la base de la admisión de los matrimonios clandestinos como verdaderos matrimonios sacramentales: "Tametsi dubitandum non est, clandestina matrimonia, libero contrahentium consensu facta, rata (*sacramentales* según la terminología de la época) et vera esse matrimonia, quamdiu Ecclesia ea irrita non fecit, et proinde iure damnandi sint illi, ut eos sancta Synodus anathemate damnat, qui ea vera ac rata esse negant..."<sup>19</sup>. Ella es la que jugó un importante papel en las discusiones tridentinas sobre la facultad de la Iglesia para implantar el requisito de forma<sup>20</sup> y en la posterior admisión como verdadero matrimonio sacramental del matrimonio celebrado civilmente en los lugares no tridentinos<sup>21</sup>.

Y es también la que está en la base de la admisión de la validez del matrimonio por procurador, del matrimonio por escrito, del matrimonio de los mudos. Sería ingenuo pensar que, en estos casos, lo que ocurrió fue que los autores no advirtieron el problema. Y es ingenuo porque uno de los textos más conocidos —ya que, entre otras razones, fue piedra de toque en las discusiones entre la Escuela de Bolonia y la Escuela de París, además de ser muy frecuentemente citado— fue el de San León Magno donde claramente se lee que allí donde no hay sacramento, no hay ma-

17. Ya hemos indicado antes los inconvenientes del uso del término "identidad"; pero el pensamiento del autor es claro al respecto y tal uso no ofrece mayores inconvenientes en el contexto de lo que escribe.

18. *Tractatus theologicus-canonicus de sponsalibus et matrimonio*, 2.<sup>a</sup> ed. post. CIC (Brugis 1927), p. 148.

19. CONCILIO DE TRENTO, Decr. *Tametsi*; Denz., 990 (1813).

20. Vide L. CASTÁN LACOMA, *El origen del capítulo Tametsi del Concilio de Trento contra los matrimonios clandestinos*, en "Revista Española de Derecho Canónico", XIV (1959), pp. 613ss.

21. Cfr. nota 3.

trimonio<sup>22</sup>, idea esta que preside toda la doctrina medieval sobre el matrimonio y la polémica entre los partidarios de la Escuela de París y los seguidores de la Escuela de Bolonia. Basta tener un conocimiento superficial de tan famosa polémica para advertir que —al igual que en los autores anteriores— los términos de la cuestión fueron sobre todo *sacramentales*; esto es, el problema consistía —para dichos autores— en establecer cuándo se constituía el *sacramento*, momento a partir del cual existiría matrimonio. Por eso los argumentos manejados fueron de índole sacramental (cuando existía el signo de la unión de Cristo con la Iglesia). Lo que late en el fondo de las soluciones adoptadas es la misma idea que hemos visto en San León Magno: donde no hay sacramento, no hay matrimonio<sup>23</sup>.

La doctrina de la inseparabilidad entre institución natural —contrato— y sacramento no tiene nada de reciente, es la doctrina común desde el principio, ya de modo implícito —como aparece en el texto de San León Magno—, ya explícitamente<sup>24</sup>. Los *novadores* son los que sostienen la separabilidad: Escoto, Melchor Cano, los regalistas, etc. Antes del s. xiv apenas hay rastros de tal tesis.

La crisis regalista lo único que hizo fue —como ha ocurrido en tantos otros temas— agudizar las consecuencias perniciosas de unas doctrinas —cuyas repercusiones prácticas fueron antes nulas o muy escasas—, al ser el punto de apoyo para negar la jurisdicción de la Iglesia sobre el matrimonio y extender masivamente el matrimonio civil<sup>25</sup>. El Papado al reaccionar contra la

---

22. *Epist.* 167, *ad Rusticum Narbonense*, resp. ad inquis. 4 (MANSI, VI, 401s): “Unde cum societas nuptiarum ita ab initio constituta sit, ut praeter sexuum conjunctionem haberet in se Christi et Ecclesiae sacramentum: dubium non est eam mulierem non pertinere ad matrimonium in qua docetur nuptiale non fuisse mysterium”. El texto aparece adulterado en el Decreto de Graciano, pero sin cambiar la tesis de fondo expuesta en el texto. Por lo demás, es de advertir —lo que refuerza la presencia de la idea de la inseparabilidad del contrato y el sacramento— que el Papa declara como inválida una unión no reconocida como matrimonial por el Derecho romano, es decir, algo similar a lo que posteriormente serían, *mutatis mutandis*, los matrimonios civiles contraídos en lugares no tridentinos.

23. Puede verse sobre este punto, J. HERVADA - P. LOMBARDÍA, o. c., pp. 276ss y especialmente la bibliografía citada en la nota 11 de este trabajo.

24. Interesantes son, al respecto, las palabras de F. E. MUELLER, al concluir su estudio sobre las discusiones acerca del tema de la inseparabilidad en el s. xvii: *The Inseparability of the Marriage Contract and the Sacrament according to the 17th Century Authors* (Romae 1958), *Universitas Pontificia Gregoriana*, pp. 55s.

25. Vide, sobre este punto, M. GERPE, o. c.

separabilidad, no puso en práctica una “táctica” doctrinal, defendiendo sus intereses. Condenó con su magisterio una tesis, cuyas desastrosas consecuencia se ponían en aquel momento de relieve. Y dio el respaldo reiterado a lo que era la doctrina de siempre, la común y mayoritaria en los autores, la que estaba implícita en las declaraciones dogmáticas.

Cosa distinta —y ello ha sido habitual en la historia de los dogmas— es que la Iglesia permita discutir a los teólogos, esto es, mantener como de libre discusión un tema, hasta tanto el Magisterio no se defina. Esta fue la conocida postura de Benedicto XIV que no quiso definirse sobre la inseparabilidad<sup>26</sup>; pero a partir de Pío IX tal discusión no puede considerarse tal. Pensar otra cosa sería un olvido del Magisterio y de las precisas enseñanzas de Pío XII en la enc. *Humani generis*.

---

26. Cfr. M. GERPE, o. c., pp. 61ss.